

“EL CLIMA MORAL DE UNA EPOCA”

Carta de despedida de su cargo como Presidente de la Comisión de Jóvenes Abogados y miembro del Directorio del Honorable Colegio de Abogados y Procuradores de Mendoza.

Dr. Alfredo Diez
Abril 2001, Mendoza, Argentina.

Desde hace algunos años, en nuestro país, la multiplicación de casos de corrupción, la pérdida de credibilidad de la clase política, el desarrollo de patologías sociales y políticas, y el drástico cambio de valores morales esenciales, son tema de debate público.

Hoy en día, esa falta de valores morales en todos los estratos sociales puede hacer naufragar hasta el mejor intencionado proyecto o actividad, y es por esa razón que muy pocos arriesgan y sueñan en nuevos emprendimientos.

Mal que nos pese, vivimos en una época en donde como reza el tango cambalache “los inmorales nos han igualao”, y nos quedamos inmóviles ante tanto desparpajo escénico y exhibicionismo de falsos valores a los que nos someten a diario desde la televisión, los diarios y todo medio de “desinformación” que se nos cruce por el camino.

El hombre de hoy “no habla, repite” lo que la televisión, la radio, el cine y la prensa le dicen. Hasta nuestros maestros y profesores han aprendido esa mediocridad mediática en los propios claustros. Hoy para mal de nuestros jóvenes, estos mismos docentes trabajan con rutina pasmosa, resentimiento por su desvalorado trabajo y una gran pereza intelectual.

Y esto sucede en este país porque no se cuida ni valora al que en definitiva llevará alimento moral a nuestros hijos, por el contrario se lo somete y desprecia, empujándolo cada vez mas al abismo de la miseria.

La mediocridad sin embargo es universal, ya que la sociedad dictamina lo que el hombre quiere y debe pensar. “No tiene voz, sino eco”. Ya no piensa ni razona, estudia por contrato social y es amante del menor esfuerzo.

Esos malos ejemplos hoy los hemos contagiado a nuestros hijos que son la única esperanza que asoma por encima de tanta desidia y conformismo. En nuestra sociedad Argentina nadie trabaja, donde todos lucran, nadie sueña, donde todos cobran. Lo que antes era signo de infamia o cobardía, hoy es título de astucia.

Los políticos con sus discursos no han podido solucionarle la vida a la gente, ni mucho menos convencerla de que lo podrán hacer. No logran advertir, como expresaba Jean-Marc Coicaud, que, cuanto más responsabilidades políticas se otorgan a los individuos, mayor es su responsabilidad para con la sociedad, y es de esta capacidad por asumirla que depende su legitimidad.

Hoy los gobernantes que no piensan parecen prudentes, los que nada hacen se consideran reposados, los que no roban resultan ejemplares.

Como expresaba con una trascendente vigencia José Ingenieros “...el favoritismo es su esclavitud frente a cien intereses que los acosan; ignoran el sentimiento de la

justicia y el respeto del mérito. Buscan sus arquetipos en la penumbra, temen la originalidad y la juventud; adornan a los que nunca podrán volar o tienen ya las alas enmohecidas”.

Esos malos gobernantes a los que refiero, prefieren la adulación del ignorante al consejo del sabio, sin entender que nuestras decisiones relativas a lo justo y lo injusto dependen de la elección que hayamos hecho de nuestra compañía.

Y elegimos nuestra compañía pensando en ejemplos. Pero cuando alguien nos dice que vale cualquier compañía, esa misma indiferencia es la que constituye el más grave peligro, y como dice Hanna Arendt de la incapacidad de elegir nuestros ejemplos, “..es allí donde yace la banalidad del mal”.

La degeneración mediocrática, que caracteriza Faguet como un “culto de la incompetencia”, no depende del régimen político, sino del clima moral de las épocas decadentes.

Ese clima moral mejora cuando desaparecen sus causas; nunca por reformas legislativas, que es absurdo esperar de los propios beneficiarios. Las leyes no crean un clima ya que el derecho efectivo, es en definitiva, una resultante concreta de la moral.

La apasionada protesta de los idealistas puede ser un grito de alarma, lanzado en la sombra, pero el ensueño de enaltecer una democracia resulta ilusorio en las épocas de domesticidad moral y de hartazgo.

Los que “mandan” no dejan lugar para el crecimiento de nuevos ideales, jóvenes de corazón puro que quieren llevar adelante quimeras. Tienen miedo de lo que no pueden controlar. Esos “poderosos dirigentes” prefieren escuchar el falso idealismo de sus obsecuentes y desgastados seguidores, como si en viejos odres pudiera contenerse el vino nuevo.

Todo ese clima moral es el que nos cansa hasta el hartazgo, pero permanecemos inmóviles sin poder encontrar el timón que nos saque de esta tormenta.

Hay que esperar en definitiva, mejores tiempos, sin pesimismo excesivos, con la certidumbre de que la reacción llega inevitablemente a cierta hora: los hombres superiores la esperan custodiando su dignidad y trabajando para su ideal.

Cuando la mediocridad agota los últimos recursos de su incompetencia, naufraga. La catástrofe entonces, devuelve su rango al mérito y por fin reclama la intervención de los capaces.

Ese mismo encallamiento de valores, contribuye a restaurar, de tiempo en tiempo, las fuerzas vitales de cada civilización. El privilegio entonces desaparece y la dirección moral de la sociedad vuelve a manos de los mejores. En la convicción de que este desenlace llegará tarde o temprano, nos queda solo apretar los dientes y seguir luchando.

Los hombres y pueblos en decadencia viven acordándose de dónde vienen; los hombres geniales y los pueblos fuertes sólo necesitan saber a dónde van.

Fin.